

## Religión y 98

José ANDRÉS-GALLEGO

La respuesta eclesiástica por excelencia a la crisis política y nacional de 1898 fue el relanzamiento de la idea de formar un partido católico en torno al general Camilo García de Polavieja, alias *El general cristiano*, que había regresado de Filipinas unos meses atrás con aires vencedores (bien lejos de la realidad, por cierto, de lo que sucedía en aquel querido archipiélago, donde no se había vencido).

Hablo de relanzamiento y no de lanzamiento porque, en rigor, la idea de constituir un partido católico no sólo era anterior, sino que no tenía que ver propiamente con la situación colonial, sino con la dinámica interna del sistema político de la Restauración. El sistema en cuestión había llegado al cénit en 1890, con la aprobación del sufragio universal, pero había continuado impertérrito por las vías del falseamiento de los resultados electorales y, además, la llegada de los liberales de don Práxedes Mateo Sagasta en 1892 había vuelto a suscitar los temores *reaccionarios* (¿por qué no llamarlos así, si lo eran?) a una política de respeto a la libertad de la conciencia de cada cual. Desde 1881, que fue la primera vez en que los sagastinos lograron constituir Gobierno, cada vez que lo hacían se recordaba en los medios integristas, tradicionalistas y «neocatólicos» que la verdadera intención de Sagasta y los suyos consistía en convertir la monarquía borbónica en un régimen democrático que respetara, entre otras, las libertades de cultos, cátedra, expresión, enseñanza y demás, y eso no era aceptable conforme a la doctrina del *Syllabus*.

Ya en 1890, el resultado de estas reacciones había sido ése: la enésima propuesta de formar un partido *católico*, que sustituyera al Conservador de Cánovas, que era al fin y a la postre *liberal* y por lo tanto condenable según el propio *Syllabus*, y que sirviera de verdadero valladar ante aquella Revolución que alcanzaba el poder con piel de oveja.

En realidad, la principal baza política del Gobierno Sagasta de 1892 fue la económica y presupuestaria. Concretamente, intentó seguir adelante con la política

proteccionista y economizadora recién adoptada por Cánovas. Hoy nos parece que el proteccionismo fue un error «histórico» (duraría bastante más de medio siglo); pero hemos de situarnos en 1890-1891 y no en el día de hoy y, entonces, era la política progresiva por excelencia; acababan de hacerla suya las primeras potencias económicas de la Tierra.

Luego sí, las guerras coloniales de 1895-1898 hicieron imposible la revitalización del sistema político por medio de esas economías presupuestarias. Por lo pronto, hubo que sostener dos ejércitos, uno en Cuba y el otro en Filipinas. Y todo el esfuerzo acabó en la derrota de 1898. Era la ocasión, se pensó, de relanzar la idea de un partido que aglutinara la mayoría católica del país, la masa *neutra*, como entonces se dijo, que nunca se había ensuciado en las lides políticas.

Y eso fue Polavieja<sup>1</sup>.

\* \* \*

Esta realidad del partido *católico* como una de las respuestas al 98 y el hecho de que por lo general se hable de otras cosas al referirse a ese momento histórico (concretamente al Desastre sin más y a la generación del 98) nos llevan a un segundo capítulo que consiste en responder a la necesidad de distinguir las diversas soluciones que se dieron a aquella coyuntura. En la historiografía más reciente es frecuente que se hable del *espíritu noventayochista* y que en él se confundan personas y elementos muy diversos. Hay quien ha hablado, como si estuvieran en un mismo saco y —lo que es aún más sorprendente— en un mismo momento, acerca de Ganivet, Unamuno, Costa e incluso Azaña como ejemplos de portavoces señalados del 98, siendo así que alguno había muerto para entonces y algún otro era apenas mozuelo. Da la impresión de que el paso del tiempo y lo que ese paso conlleva con frecuencia, que es el olvido, han relegado unas distinciones que eran otrora claras, hasta el punto de que podían considerarse como un punto seguro para continuar avanzando en el conocimiento del momento histórico de que hablamos. Me refiero a una distinción que era cosa sabida hace veinticinco o treinta años, cuando se cerró el ciclo de polémicas cultas sobre *la personalidad histórica de España* y acerca de *las dos Españas*: la distinción entre estos tres fenómenos: *regeneracionismo*, *literatura del Desastre* y *generación del 98*. Querría recordar estos conceptos y su relación con el universo de las creencias.

\* \* \*

---

1. Aunque resulte fatuo, bueno será que diga en qué lugares he desarrollado la investigación que conduce a estas conclusiones. La aventura de Polavieja, por lo pronto, la estudié en *Regeneracionismo y política confesional en España, 1889- 1899*, en «Archivo Hispalense» 166 (1971) 2-149, que luego reelaboré en *La política religiosa en España, 1889-1913*, editora Nacional, Madrid 1975, 519 pp.

Lo primero que hay que decir sobre esas tres denominaciones es que no se trata de otras tantas partes de la realidad; o sea que cada una de ellas no excluye a las otras dos, sino que son tres *maneras de ver* una misma realidad, tres *aspectos* de la realidad que en parte se «solapan», incluyendo cada uno los otros dos: hay *literatura del Desastre* que es *regeneracionista* y hay escritos de la *generación del 98* que son esto y aquello, al mismo tiempo en que el *regeneracionismo* desborda los límites del año del Desastre, no sólo hacia adelante sino también hacia atrás (las propuestas de *regeneración* habían empezado a expresarse también en los primeros años noventa, al tiempo en que se recomenzaba la historia del partido *católico*, y podrían hallarse en los ochenta sin necesidad de forzar la historia).

Si ahora nos preguntamos en qué consistieron cada uno de esos tres aspectos que digo y los presento por el orden de la importancia que tuvieron *en* 1898, y no en el día de hoy, tropezaremos además con un nuevo matiz, que responde a una experiencia frecuente en la investigación histórica: la de que tiene poco que ver la prelación que damos hoy a los hechos con la que se les daba en su tiempo. Lo que hoy importa más de aquel momento es la generación literaria del 98, que era casi desconocida sin embargo en 1898 mismo. Cosa que ha de tener en cuenta cualquiera que pretenda entender lo que realmente ocurría en aquellos días de la historia de España. Intentar comprenderla —como tantas veces se ha hecho— por medio de las páginas de aquellos escritores equivale a optar por lo secundario (aunque sea cualitativamente lo mejor).

Por otra parte, es bien sabido que la *generación del 98* constituye por sí sola un problema para quienes la han estudiado; porque, para empezar, no está claro que existiera; los estudiosos lo discuten desde hace medio siglo y los primeros en negarlo fueron algunos de los que se afirmaba que eran sus miembros. Recuérdese aquel *Ortega y el 98* de Gonzalo Fernández de la Mora y 1961 donde se planteaban estas cosas. Para empezar, algunos de los hombres del 98 habían comenzado a publicar en el 96, de manera que sus escritos no respondieron propiamente al Desastre, como razón de ser, sino que tomaron ocasión de él para redondear sus dudas sobre España. Que eran a su vez fruto de la proyección sobre su realidad cotidiana —la de la propia España— de lo que se llamaba entonces, enfáticamente, la *moral nueva* y sobre todo de la primacía de la estética que se abría paso con esa moral en todo Occidente. En concreto, la introducción de Nietzsche en estos lares está muy vinculado a algunos de los que luego serían considerados miembros de la generación.

Se trata de un grupo, decimos, no sólo poco importante en el 98 sino incluso irrelevante en aquellos días, significativo después, eso sí, por lo que acabo de decir (su contribución a la llegada de la *moral nueva*) y por la calidad literaria de muchas, no todas, de sus obras. (*La Defensa de la Hispanidad*, pongo por caso, obra tardía, ya lo sé, de la generación, pero obra al fin de uno de sus mejores miembros, no es un dechado de calidad de expresión. Por ejemplo.)

Para estudiar *La política religiosa en España* entre 1889 y 1913, hace años, tuve que leer uno a uno todos los debates de contenido religioso, que fueron sinnúmero, de las Cortes españolas de aquellas décadas; debates cargados de erudición porque los parlamentarios españoles tenían una afición desmedida a las citas y hacían alarde con frecuencia de la capacidad de recorrer la historia de la literatura, de la filosofía y la política de todos los siglos, incluido el suyo. Pues bien, ni una sola vez fue mencionado ninguno de los supuestos componentes de la generación del 98 ni sus adláteres, fuera de una alusión a Unamuno como rector de Salamanca (lo fue desde 1900) y otra tardía a Ortega (tardía pero, en lo que a él se refiere, temprana; porque Ortega, citado en el Congreso de los diputados en 1912, era en realidad el vástago de una nueva generación, si nos empeñamos en emplear el método generacional en nuestro análisis histórico).

No es casual que ni Baroja, ni Maeztu, ni Azorín, ni Valle-Inclán fueran objeto de mención alguna. Nadie los conocía. Primero, porque su literatura era vanguardista y las vanguardias son siempre objeto de minorías o ya no son vanguardias; segundo, porque carecían de medios y de cauces para hacerse escuchar y leer. Las revistas en que colaboraron, que han sido objeto de más de un análisis, eran minoritarias, de reducidísimo alcance, de difusión casi ceñida a la de sus propios redactores.

¿A quién, de sus coetáneos, citaban, pues, los parlamentarios de aquellos años? A Núñez de Arce sobre todos. Y esto da una idea más clara de lo que quiero decir. La literatura del tiempo, que hoy juzgamos caduca, lo es porque era entonces la que respondía al canon vigente, que era un canon antiguo, vanguardia otrora y a la sazón criterio impuesto por doquier.

Se repite en suma, otra vez, ese vicio del historiador de proponer como característico del tiempo que estudiamos lo que en realidad es relevante en el nuestro, porque fue nuevo entonces y nosotros confundimos la novedad con lo dominante. (Es como si nos pareciera imposible que los coetáneos de los innovadores no se dieran cuenta de lo que se les ofrecía como cosa precisamente nueva).

Se podrá preguntar por qué se citaba a Ortega, aunque fuera una sola vez, si era un joven de veintinueve años y eran aún desconocidos los de la *generación* anterior (Baroja, Azorín etcétera), que no tenían sin embargo menores calidades literarias. La respuesta es clara: radica en esa carencia suya —de los hombres del 98 ó del 96— de cauces para hacerse escuchar y leer. Buscaron, pues, una salida y dieron en ponerse al amparo de una figura literaria reconocida o poderosa, distinta en cada tiempo, que les brindara cobijo y con ello audiencia (y meras páginas impresas donde publicar). Y la figura podía ser notable porque ya tenía renombre o porque tenía poder aunque no fuera conocida. El primer cobijo de los hombres del 98 fue Galdós, que tenía lo primero, el renombre, y por lo tanto lo segundo, la asequi-

bilidad de cenáculos literarios; el siguiente, Ortega, que era más joven que ellos pero pertenecía a una familia, los Gasset, propietaria de *El Imparcial*, el principal diario de la época, cuyo suplemento literario, los *lunes* de *El Imparcial*, podía brindarles el cauce que les hacía falta.

Por cierto que la primera de estas conexiones, la de Galdós, tuvo una neta impronta religiosa, todo lo circunstancial que se quiera, no por ello exenta de significado. Galdós acababa de radicalizarse políticamente en torno al Novecientos, abandonando la moderación de años anteriores y manifestando un anticlericalismo de corte republicano semejante al que mostraba Castelar en esos mismos días, últimos de su vida (murió en 1899). Lo ocurrido con Castelar, que conocemos mejor<sup>2</sup>, tuvo que ver con las guerras coloniales de 1895-1898, la muerte de Cánovas en 1897 y la irrupción de Polavieja en la política española con su aureola de militar católico. Castelar había llevado su moderado *posibilismo* (que le había hecho proclive a la mismísima monarquía, aunque no abandonara nunca su fe republicana) hasta el punto de proponer a Sagasta aquella orientación económica de que antes hablábamos (concretada en el llamado *presupuesto de la paz* de 1892) a fin de revitalizar el bipartidismo revitalizando el Partido Liberal Fusionista. Pero las guerras de Ultramar de 1895-1898 lo hicieron inviable; la muerte de Cánovas en 1897 aumentó además la importancia de Alejandro Pidal, el *neocatólico*, en el Partido Liberal Conservador, hasta el extremo de que dejó completamente de emplearse el primer adjetivo, *Liberal*, para hablar de él. Y el *vaticanismo* que se asignaba a Polavieja hizo el resto. En los últimos meses de su vida, Castelar había vuelto a un anticlericalismo que ni siquiera había propugnado con tanta fuerza en los años de la Gloriosa (1868-1874).

A Galdós le ocurrió lo mismo y a la vez. De entonces (1901) data el famoso estreno del drama *Electra*, donde se plantea el problema de una *señorita* de buena familia que pretende abandonar su hogar para profesar religiosa trastornada por la influencia de un confesor jesuítico: una situación que hoy nos parece tópica pero que hay que entender también con la mentalidad de la época, extremadamente sensible a este tipo de situaciones, presuntamente coactivas. En el estreno hubo una *claque* que se encargó de gritar *muera* a los jesuitas y al clericalismo y en ella figuraron, precisamente, algunos de los hombres del 98 que hoy consideramos famosos.

\* \* \*

La *literatura del Desastre* es otra cosa. Alguno, aislado, de los escritos de la *generación del 98* pueden considerarse parte de aquélla. Pero tiene ésta sobrada

---

2. Le dediqué mi primera (y pequeña) investigación histórica: *La última evolución política de Castelar*, en «Hispania» 30 (1970) 385-393.

consistencia por sí sola. Fue la producción *arbitrista* de los meses que siguieron a la derrota ante los Estados Unidos: un inmenso conglomerado de soluciones mezcladas con lamentos.

Esta *literatura del Desastre*, tan negativa, enlazaba explícitamente con el *complejo de inferioridad* de los españoles en particular y de los pueblos latinos en general. Desde hacía veinte años, en que empezó a decirlo Gumersindo de Azcárate y a discutírselo Menéndez Pelayo, muchos partían del supuesto de que la Decadencia del siglo XVII había sido fruto de los empeños religiosos de la Monarquía Católica, esforzados sus reyes en devolver la unidad a la cristiandad tras la secesión protestante. De manera que el porvenir de España pasaba por emanciparse de esas obligaciones religiosas que la habían llevado al caos.

Y a ello se había unido, a finales del XIX, la impresión que sacudía media Europa ante la potencia económica y militar de Inglaterra y de la Alemania recién unificada. No se olvide que hay un *98 internacional*, como acertó a hacer ver Jesús Pabón<sup>3</sup>, en el sentido de que el Desastre español no es sino uno de los que afligen por esos mismos años a otras viejas potencias coloniales: a Portugal y Francia, e incluso a Rusia ante el Japón. De *europización y japonización* se hablará simultáneamente —es curioso y poco advertido—, en esos mismos días, en los dos extremos del continente: en Rusia y en España. De 1897 data, en fin, la obra de Demolins, *A quoi tient la supériorité des anglosaxons*, que tendría influencia profunda en los países que miraban constantemente hacia Francia, como ocurría entonces en España.

\* \* \*

La *literatura del Desastre* tiene poco que ver con el *regeneracionismo*, que es un movimiento de mayor duración (venía de antes y seguiría después) y netamente positivo. Desde los años ochenta se estaban proponiendo a los españoles programas políticos regeneradores, mucho antes de que lo hiciera Joaquín Costa al socaire de la derrota.

Se multiplicaron no obstante, es cierto, entre agosto y diciembre de 1898, o sea entre los preliminares de la paz, que aún dejaba esperanzas, entre los Estados Unidos y España, y la firma del tratado en virtud del cual España perdía sus últimas posesiones americanas y filipinas.

Son por cierto programas netamente conservadores al tiempo: no los hubo *de izquierda*; los propusieron todos los grupos situados a la derecha del abanico

---

3. En *El 98, acontecimiento internacional*, Madrid 1952, 95 p.

político, desde el mismísimo Partido Integrista al Partido Conservador. Y los más importantes se orientaron —aquí lo que decíamos al principio— hacia el general Polavieja, que se presentaba como el hombre del futuro. Lo harían, con sus propuestas programáticas, los integristas, los catalanistas (mejor, los regeneracionistas catalanes), Costa como hemos dicho, los conservadores de Francisco Silvela, en fin el ejército incluso por la pluma de muchos militares<sup>4</sup>.

No hubo entonces regeneracionismo anarquista (iban por otras sendas), socialista (era muy débil aún el movimiento) ni republicano (atomizados éstos en centenares de asociaciones minúsculas, sin articularse en partido alguno muchas de ellas). Alejandro Lerroux diría que ésa precisamente —la incapacidad de los republicanos para dar una respuesta al Desastre— fue una de las mayores responsabilidades históricas de sus correligionarios. Y él quiso corregirlo desarrollando el populismo anticlerical que llevó a la Semana Trágica en 1909.

Gustara o no, la respuesta regeneradora al Desastre la dieron gentes de centro y de derecha en torno al *general cristiano*, Camilo Polavieja. Pero se frustró como solución inmediata. La reina gobernadora pidió al militar que se conformara con ser ministro de la Guerra del Gobierno conservador de 1899 y con reformar sólo el ejército como primera providencia. Pero reformar el ejército requería dinero y eso tropezó con la política presupuestaria restrictiva del ministro de Hacienda, don Raimundo Fernández Villaverde. Y los catalanes que seguían al general querían además el *concierto* económico, a la manera vascongada. Y eso contradecía también los planes hacendísticos.

No hubo más. El general dimitió en pocos meses.

\* \* \*

¿No hubo más? Del regeneracionismo sí. Del regeneracionismo, por lo pronto, empezó a cristalizar el agrarismo. La propuesta de Joaquín Costa, en su parte económica, era marcadamente agraria, «para la blusa y el calzón corto», como decía él mismo aludiendo sin duda al traje que aún se usaba en el Alto Aragón, donde escribía. Y, esto sí, fue inmediatamente entendido y asimilado, como en limo fértil, por un ejército de fuerzas vivas locales, curas muchos de ellos, que deseaban hacer algo, y algo que fuera material, pragmático, por sus semejantes.

El agrarismo católico fue uno de los primeros en levantar cabeza. En 1899, el Congreso Católico Nacional, que se celebró en Burgos, tuvo un marcado carácter agrarista. Y concretamente costiano. Hace años, entre los papeles privados de

---

4. Salvo este último aspecto, los examiné en *Los grupos políticos del 98*, en «Hispania» 38 (1978) 121-146.

Costa, que entonces se guardaban en el Archivo Histórico Nacional, encontré un ejemplar de las conclusiones económicas del Consejo Católico de Burgos anotadas en los márgenes de puño y letra por el *león de Graus*. Y ése era el fondo de las notas autógrafas: mostrar y subrayar que aquello y esto había sido propuesto por él, o aconsejado por él mismo a Fulano o Mengano<sup>5</sup>.

En los años siguientes, España se comenzó a poblar de Cajas Rurales y de Sindicatos Agrícolas, promovidos muchos de ellos por clérigos rurales y, los más, por católicos de una u otra significación<sup>6</sup>. El movimiento ya no cesaría hasta el día de hoy; aunque hubo de padecer el varapalo de la sindicación única del régimen de Franco y se redujo desde entonces a las Cajas Rurales.

\* \* \*

Sigamos preguntándonos: ¿resultó de aquello algo más? A corto plazo no. A medio o largo, mucho. El regeneracionismo, en su faceta de movilización de los católicos, encarnaría enseguida en Antonio Maura, desde 1904, y en Primo de Rivera —de otra forma— en 1923, y al cabo en Franco.

Tierno Galván trazó hace años esta genealogía derechista de regeneración y concluyó que había sido esto, un movimiento de derechas. Pero el regeneracionismo, en su veta costiana, informó asimismo la izquierda, hasta Azaña.

En esta parte del espectro político, sin embargo, había surgido una propuesta igualmente fuerte. El reforzamiento de la derecha en torno a Francisco Silvela y Camilo Polavieja en 1899, al formarse el Gobierno conservador que siguió al Desastre, fue contestado de inmediato, ahora sí, desde el centro izquierda y la izquierda misma con la adopción de lo que, otra vez, les ofrecía la experiencia francesa: el anticlericalismo. La singladura española se había parecido mucho a la de Francia: diez años antes que en España, el regeneracionismo militar había encarnado en el general Boulanger (del *polaviejismo* se hablaría de hecho, a finales del siglo XIX, en España, como de un nuevo *boulangismo*). También en 1899, la propia debilidad de los republicanos franceses ante la montée boulangista nacionalista y católica llevó a Waldeck-Rousseau a enarbolar la bandera anticlerical desde la Presidencia del Gobierno de la República. Era lo único en que todos los republicanos podían estar de acuerdo: en concluir que el mal radicaba en los religiosos, que se habían multiplicado durante el siglo XIX, mucho más aún que en España, y habían educado en el antiliberalismo del *Syllabus* toda una generación de franceses. La propues-

---

5. Las publiqué en *Joaquín Costa y el agrarismo confesional (1899)*, en «Anuario de Historia Contemporánea» 2 (1983) 155-160.

6. En este caso he de remitir al pormenor de *Pensamiento y acción social de la Iglesia en España*, Espasa, Madrid 1984, 427 pp.



ta tuvo eficacia de inmediato: los republicanos franceses se reunieron en efecto en torno a Waldeck-Rousseau y a la política anticlerical, concretamente *antifrailuna*. Y Castelar propuso a Sagasta hacer lo mismo en España; el viejo político riojano, monárquico al fin, dudó; no así Canalejas, que, de polaviejista, pasó a anticlerical en pocos meses.

Así resucitó, también en la política española, la política que agotaría Canalejas mismo convertido en presidente del Gobierno en 1910... cuando decidió abandonarla ante la imposibilidad de llevarla adelante<sup>7</sup>.

Era otro fracaso. Pero el odio a los frailes se plasmaría ya, programa tras programa, en todas las propuestas de la izquierda española hasta 1936. Fue al cabo el más grave legado del 98, siquiera por sangriento.

José Andrés-Gallego  
Universidad Católica de Ávila  
Rastro, 2  
E-05001 Ávila

---

7. Ved también para esto *La política religiosa en España, cit. supra*.